





## La viuda Durand

Por Jorge Edwards



Algunos amigos me preguntaron si aceptaría ser incorporado a la Academia de la Lengua y contesté que sí, que muy honrado. Ya tenía entendido que la Academia es uno de los sitios en que lo daría se elige a los miembros por mayoría de votos. Unas condiciones, si la detta corporación votaba por mí, me habría parecido un acto de presunción rechazar el nombramiento. Pensé que la noticia se prestaría a toda clase de malas interpretaciones entre mis colegas del extranjero, convencidos de que todo lo que sucede en Chile es de origen oficial. Todos los que hablamos en esta angosta taja de tierra estamos sujetos, en los tiempos que corren, a los juicios sumarios y simplistas. Es una felicidad que también persigue, por lo demás, a los chilenos del exilio. Así lo pude comprobar durante los seis años que viví en Barcelona. Pero qué te vanas a hacer. No es posible vivir paralizado por las imágenes exteriores a uno mismo. La convalecencia de nuestra sociedad consistirá en salir trabajosamente de la parálisis, de la polarización simplificadora.

Por lo demás, la idea corriente de las academias, como lugares de estudio inútil, de saber encuadrado, no pesa de ser un prejuicio bastante común. Recuerdo una defensa de la Real Academia Española que hizo Camilo José Cela hace dos o tres años, en un momento en que todas las instituciones que habían sobrevivido durante los cuarenta años del franquismo estaban en fase de juicio. Cela demostró que la Academia había sido uno de los pocos refugios liberales de la España de la posguerra civil, donde se había conservado la libertad de opinar y donde se había llegado al extremo, muy difícil en aquella época, de conservar el sillón a los miembros del bando republicano.

Lo que ocurre, desde luego, es que pertenecer a una sociedad de personas cultívadas exige ciertas normas mínimas de conducta. Y se puede, sin ningún lugar a dudas, ser un gran escritor y morir en un cero en conducta, así como también es posible la combinación contraria y todos los intermedios.

Honora de Balzac aspiró apasionadamente a ocupar uno de los sillones académicos, pero tenía la mala costumbre de ir dejando deudas por todo París y de esconderse de sus acreedores bajo los disfraces más lúgubres. La casa suya que visitan hoy día los turistas, en las colinas de Passy, quedaba en la primera mitad del siglo XIX en pleno campo, en un lugar de difícil acceso, donde Balzac solo abría la puerta a los amigos que venían a verla con la muerte. Pues bien,

las caricaturas de la época mostraban a Balzac llevado en hombros de sus admiradoras en la "gran carrera académica", mientras el suyo quedaba sembrado de catedráticos en forma de corazón que el rechonchote novelista hasta abrió con su llave maestra. Un buenas cuentas: afortunado en amores, pero desgraciado en cuestiones de dinero y en sus aspiraciones mundanas. En las paredes de la casa de Passy, puesta en un marco, hay una factura por diecisiete pesos de guantes que compró de una sola vez y que no pagó nunca.

De todos modos, a pesar de su extravagancia y de su ligereza para suscribir documentos mercantiles, habría votado por Balzac si hubiera pertenecido a esa severa corporación francesa de hace más de un siglo. Prefiero declararlo desde ahora, para que no haya lugar después a malos entendidos.

En esos años, cuando un erugito del banco de los vencidos había firmado el prólogo a las notas de alguna edición de Cervantes o de Gongora, el libro circulaba con una sólida banda de tinta negra encima del nombre prohibido. Habría sido inconcebible que la prensa hablara con un mínimo de seriedad de personajes como Rafael Alberti, Pedro Salinas o Luis Cernuda. Se había llegado a evitar el uso de la paleta "roja", incluso para describir clavitos o sangre toruna, y la ensalada roja fue bautizada con otro nombre desprovisto de toda reminiscencia política. Pues bien, a pesar de eso, en el interior de la Real Academia los sillones vacíos de don Américo Castro y de don Salvador de Madariaga esperaban el regreso de sus dueños legítimos. Américo Castro murió en el destierro. Madariaga regresó después de la muerte de Francisco Franco y pronunció su discurso de incorporación en una ceremonia que había estado suspendida cuatro décadas debido al estallido de la guerra. El "deciamos-ayer" clásico es muy adecuado para los países de historia accidentada, como lo son, por desgracia, todos los países que hablan en castellano.

En esto de las academias, creo que hay períodos buenos, períodos creativos, y épocas que podríamos llamar, con toda propiedad, de academismo. Cuando llegó a vivir a Francia, a comienzos de la década del sesenta, habían desaparecido grandes figuras como Paul Claudel o Roger Martin du Gard, y no habían sido reemplazadas. Los herejeros del surrealismo continuaban siendo subversivos, enemigos del ingreso a cualquier institución. De modo que la Academia estaba formada por aristócratas aficionados a las bellas letras, por generales en retiro y arzobispas en servicio activo. Los escritores brillaban por su ausencia. Algunos años después comenzó una renovación literaria, integrada por Eugène Ionesco, el dramaturgo del teatro del absurdo, o Claude

# **La viuda Durand [artículo] Jorge Edwards.**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Edwards, Jorge, 1931-

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1979

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

La viuda Durand [artículo] Jorge Edwards. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)